

# *Relatos anfibios de una Londres habitada por el mito: La desdelimitación entre las categorías naturaleza / cultura – historia / mito en The Mermaid and Mrs Hancock de I. H. Gowar*

Lenga, Jesica/ UBA - jesicalenga@gmail.com

---

Tipo de trabajo: ponencia

---

» Palabras claves: Sirenas- naturaleza- cultura- espacio urbano- feminismo

## » **Resumen**

*The Mermaid and Mrs. Hancock* (Imogen Hermes Gowar, 2018) relata una historia en la que las sirenas irrumpen en la Londres del Siglo XVIII. Esta situación instaaura numerosas anomalías en el texto de Gowar: si la sirena es un ser anfibio, emparentado al mismo tiempo con el mundo de la naturaleza y el mundo de la cultura, su presencia en la ciudad, el espacio de la civilización ilustrada, perturba las expectativas lectoras acerca de lo imaginable. Esta situación tiene su correlato formal: Gowar escribe un relato en el que novela realista y cuento fantástico, mito y discurso histórico dejan de ser categorías cerradas para dar lugar a un relato anfibio, indeterminado, imposible de analizar por medio de tipologías y taxonomías genéricas.

El propósito de este trabajo es indagar, a partir del concepto naturocultura, propuesto por Donna Haraway en *The Companion Species Manifesto* (2003), el modo en que Gowar se distancia del pensamiento tipológico para construir un relato en el que los géneros se vuelven redes flexibles de parentesco que se asocian entre sí y de esta forma desarticula la lógica binaria de clasificación racionalista, propia del pensamiento patriarcal ilustrado.

## » **Introducción**

En el 2009, Nadya Vessey, una mujer neozelandesa de cincuenta años, ocupa un lugar protagónico en los medios internacionales cuando decide convertirse en sirena. Las noticias relatan que la idea de devenir sirena se despierta en esta nadadora, amputada a los cuatro años por una afección congénita, después de que un niño le preguntara por qué no tenía piernas y ella respondiera que era una sirena. Entusiasmada con su ocurrencia Vessey se comunica con Weta Workshop, la compañía de efectos especiales encargada de la realización de películas como “El señor de los Anillos” o “Crónicas de Narnia”, para encargarles una

prótesis en forma de cola de sirena. El resultado fue una pieza de tecnología portátil impresionante desde el punto de vista mecánico y estético, que su dueña modeló en varias sesiones fotográficas.

Sin embargo, hay una incongruencia en el modo en el que esta historia fue cubierta en los medios, porque mientras que las noticias relatan una experiencia de superación personal en clave melodramática, las declaraciones de Vessey en documentales y entrevistas apuntan a una preocupación estética y sobre todo a una nueva concepción del cuerpo humano en el que los dispositivos artificiales pueden incorporarse como parte del organismo. Esta cola de sirena, más que la fantasía retrógrada de materializar un cuento de hadas, representa una apertura a la futuridad, el anuncio de una nueva concepción poshumana, *queer*, del cuerpo humano en la que nuestro organismo ya no es ámbito únicamente de lo natural, sino que se torna una entidad híbrida, que también puede ser construida culturalmente, que aúna naturaleza y artificio.

Hay un doblez más en la prótesis de Vessey porque no solo la convierte a ella en una especie de *cyborg*, mitad máquina mitad persona, sino que alude a un ser que ya de por sí es la encarnación mítica de la hibridez como lo es la sirena. La sirena recorre la cultura occidental en su totalidad. Por su doble naturaleza, aparentemente contradictoria, la sirena va adquiriendo en los relatos míticos o literarios diferentes significados y representa desde la *femme fatale*, la tentación de la mujer seductora, al espíritu auxiliador de los viajeros del mar, o la encarnación de la melancolía y los anhelos insatisfechos; la sirena es ante todo criatura polisémica. Al respecto Frederika Bain (2017) sostiene que por su naturaleza fluida la sirena es un significante que no debería ser estabilizado en una definición sino entendido como representación de lo cambiante y no del todo capturable por el lenguaje

Aun así hay un aspecto que permanece vigente en las representaciones de la sirena y es justamente su naturaleza *in between*, permeable, que rompe con la lógica binaria que domina las estructuras del pensamiento moderno e ilustrado. Tara Pedersen (2015) sugiere que la profunda incoherencia representada por el cuerpo irreconciliablemente animal y humano, natural y sobrenatural de la sirena la convierte en un sitio para la creación epistemológica y un mecanismo fructífero de producción de conocimiento.

En este trabajo nos referiremos a una novela que también adopta el mito de la sirena para abordar cuestiones como la hibridez, la liminalidad y las formas de existencia poshumana. Es la novela debut de la joven autora Imogen Hermes Gowar, publicada en el 2018, y que se titula *La sirena y la señora Hancock*.

El relato se escenifica en la Londres del siglo XVIII y podría ser incluida en una categoría que comienza a aparecer en la bibliografía: la literatura neo georgiana, a la que nos referiremos más adelante. No es casual que Gowar elija esta época para ambientar su obra: la autora se dirige al origen del sistema pensamiento binario, jerarquizante y racionalista moderno, que crea las condiciones para la consolidación del poder patriarcal para desestabilizarlo, deconstruirlo.

Así, lo primero que podríamos decir de *La sirena y la señora Hancock* es que, más allá de la inclusión de esta criatura mítica, se trata de una obra que formalmente es concebida como anfibia, que opta por articular elementos ambivalentes y mezcla géneros diversos. Según John Stuhr, la literatura híbrida o anfibia es aquella que entiende la obra de arte en términos de cruces, como zona de encuentros, oposiciones y fron-

teras porosas, más que como ámbito de la exclusión y las normativas genéricas (2015:7). Una literatura híbrida defiende las formas impuras, pero también la contaminación en todos los niveles. El objetivo de esta exposición será analizar algunas de esas hibridaciones que la novela presenta.

### › **Espacios de la hibridación, géneros anfibios**

La novela de Gowar puede leerse como un relato de la hibridación del espacio urbano, de su transformación en una entidad anfibia. La historia se abre con un suceso que trastoca la existencia pequeño-burguesa del señor Hancock, viudo y comerciante: en lugar de recibir en el puerto su barco y su mercancía, su capitán regresa exclusivamente con una sirena en estado fósil. Aunque al principio esta es destinada a una muestra de curiosidades, finalmente la criatura se convierte en la atracción de las fiestas organizadas por una famosa madama londinense en su exclusivo “Convento”. En una de esas fiestas, el puritano Hancock conoce a Angelica Neal, una prostituta famosa por su belleza, pero ya en decadencia y urgida por encontrar un nuevo protector. Si bien en principio Hancock se siente atraído por Angelica, finalmente huye espantado por la lujuria que observa en el “Convento” y da por concluidos sus negocios con la madama. Tras vender la sirena, Hancock se convierte en un hombre rico y asciende meteóricamente en la escala social. Entretanto, Neal consigue un amante joven y disoluto que la lleva a la ruina. Es entonces cuando Hancock, que nunca había dejado de pensar en Angélica, reaparece en su vida: mientras gozaba de su amorío, la prostituta se había burlado del comerciante y le había asegurado que solo aceptaría sus atenciones si le obsequiaba una sirena viva, pero ahora, apremiada por la situación, Neal se convierte en la señora Hancock y abandona sus costumbres de mujer libertina, caprichosa, con gustos frívolos para ser la perfecta ama de casa burguesa, sensata y austera.

Los Hancock parecen tener un matrimonio feliz; sin embargo, junto con la noticia de que la mujer se convertirá en madre, llega a la casa una segunda sirena, esta vez viva. La mitológica criatura instalará la desgracia y la melancolía entre los que la rodean y provocará incluso la pérdida del embarazo de Angelica. Finalmente, ese suceso empodera a la antigua prostituta que decide recuperar algo de su antigua identidad para salvar su familia. Una vez deshechos de la fuente de conflicto, los Hancock deciden de todos modos celebrar, en su recién inaugurada mansión solariega, una fiesta de la sirena, muy diferente de aquella que se había celebrado en el burdel de la Sra. Chappel.

Ya desde un principio, la irrupción de la sirena en medio de Londres provoca el resquebrajamiento de una de las polaridades formativas de la cultura burguesa: la de los límites entre la ciudad y el ámbito de lo salvaje que podemos reformular como la oposición entre naturaleza y cultura. Tradicionalmente, las criaturas míticas aparecen siempre en contextos distantes, alejados del espacio de la civilización. Las sirenas en particular son asociadas con el océano profundo, o en todo caso, con las costas de algún pueblo pesquero, pero nunca con la urbe. En cambio, Gowar instalará su sirena en una piscina en Belgravia. Lo salvaje invade y transforma el ámbito de la cultura, pero también es afectado por ella. Así, Londres se trans-

forma en un espacio de la naturocultura, concepto del que se vale Donna Haraway (2016) para evidenciar la liminalidad e interacción entre estas dos esferas que la lógica binaria presenta como opuestas entre sí.

En ese sentido, resulta interesante que el primer acercamiento que tenemos de la ciudad de Londres es a través de la mirada de un cuervo, que sobrevuela la ciudad, es él quien recorre sus calles desde el puerto hasta Camden, de sur a norte. Hay un interés por parte de este narrador omnisciente por reconstruir la perspectiva animal, por reconocer desde un principio que la ciudad no es recorrida solamente por seres humanos, que no estamos solos, sino que cohabitamos nuestros espacios con decenas de criaturas salvajes.

Gowar, que además de escritora es historiadora y se documentó ampliamente para escribir su novela, registra en el texto muchos de los cambios históricos que estaban sucediendo hacia fines del siglo XVIII en el espacio urbano. Muestra cómo ciudad y campo dejan de ser los ámbitos separados, distantes, prácticamente incomunicados de la era premoderna y representa el modo en que sus límites se desdibujan cuando los hombres de oficina comienzan a mudar a sus familias a casas solariegas en suburbios, lejos de lo insalubre del centro. Su protagonista realiza este movimiento: con el dinero obtenido por la explotación de la sirena en la zona de Westminster desarrolla un emprendimiento inmobiliario en Mary le Bone, entonces un coto de caza al norte de Londres.

Y así como fronteras entre campo y ciudad se disuelven para formar un continuo, todas las diferencias entre espacios urbanos se relativizan y los lugares se funden en una extensión indiferenciada: la casa del Sr Hancock en Deptford, una zona de astilleros, es según el narrador igual a los barcos que envía a los mares asiáticos; tiene las mismas vigas de madera e idénticos personajes tallados. Al prostíbulo de la señora Chapel lo llaman convento, pero “está decorado con tanto lujo que parece el palacio de un duque” (Gowar, 2018: 87). Las prostitutas recorren las tiendas lujosas de Oxford Street y meriendan en las mismas confiterías a las que asisten las aristócratas con sus hijos.

Asimismo, ni la sirena, a la que habíamos mencionado como la invasión de lo salvaje, escapa a la lógica capitalista de la sociedad urbana, ella también se convierte en una mercancía “extravagante”, que sirve para alimentar el mercado de lo exótico, que tantas pasiones despertaba entre los coleccionistas dieciochescos.

Por otra parte, una de las formas de hibridación más llamativas en *La sirena y la señora Hancock* es la que se da a nivel de los géneros literarios. Gowar prepara a su lector para encontrarse con un género familiar, que conoce y domina: la novela histórica. En principio parece obedecer sus códigos, hay un claro esfuerzo por hacer una reconstrucción de época rigurosa y minuciosa, es claro que Gowar conoce los pormenores de la vida cotidiana de la Londres dieciochesca, se documenta hasta sobre los nombres de las calles entonces e incluso sobre los dulces y golosinas que podían encontrarse en una confitería georgiana. Empero, la verosimilitud realista estalla con la aparición de la sirena, Gowar desarma las expectativas lectoras y nos obliga a emplear la lógica del fantástico. De este modo, la autora se enfrenta, según Joana Maciulewicz (2021), a la lógica logocéntrica, al racionalismo del discurso histórico y a la vez, sobreim-

prime uno de los géneros considerados “femeninos” como era el *fantasy*, al discurso de la Historia, ámbito exclusivamente masculino. En *La Sirena y la Señora Hancock* historia y literatura fantástica no son códigos excluyentes. Justamente esta no compartimentación de géneros es lo que caracteriza a la literatura anfibia.

Gowar rompe así con lo que Derrida denomina “la ley del género” que justamente nos comanda: “No mezclarás los géneros” (1980:3), exigiéndonos la pureza de principios. Derrida argumenta que donde se escucha la palabra género, aparece un límite, una norma. Los géneros literarios se componen de regulaciones y prohibiciones, por ejemplo, no colocarás una criatura sobrenatural en una novela realista. Y sin embargo, añade Derrida, la naturaleza del texto literario es transgredir ese mandato. Gowar parece compartir estas nociones derridianas.

Es posible afirmar que *La sirena y la señora Hancock* comparte los principios de aquello que Nicolas Bourriaud denomina “estética relacional”. Bourriaud describe la estética relacional como aquella que en un mundo fragmentado por la división del trabajo y la ultraspecialización busca poner en relación niveles de la realidad distanciados unos de otros (2008:14), como podrían ser la existencia de un viudo pequeño burgués que vende té importado o las condiciones reales de las prostitutas en la Era georgiana y el mito de Melusina. Para Bourriaud, la obra de arte contemporánea, que surge junto con la disolución de las convicciones de la modernidad, ya no debe tener como meta formar realidades imaginarias o utópicas, sino proponer formas superadoras de habitar el mundo. Es esto justamente lo que se propone Gowar: a través de sus técnicas de hibridación, aspira a conformar modos de vinculación no basados en la lógica de dominación, jerarquización de una categoría sobre la otra: la cultura por encima de la naturaleza, lo racional por sobre lo sentimental y la superstición, el hombre sobre la mujer, el ser humano sobre el animal. Así, como en el arte relacional, Gowar defiende una literatura que toma como horizonte la esfera de las interacciones humanas. Su novela parece demostrar que solo hay forma en el encuentro: de la historia con la fantasía, de la enciclopedia con el mito, de la prostituta con la sirena y ambas con el burgués puritano. Incluso el modo de abordar el discurso histórico en sí se vincula con esta estética de la relación. Gowar no se aproxima al pasado del modo ingenuo en que lo haría Scott, por el contrario, en esta novela neogeorgiana hay también una yuxtaposición, un diálogo entre tiempos, pasado y presente. Lipski y Maciulewicz (2021) sostienen que puede hablarse ya del Neogeorgianismo como una categoría autónoma, que opera con la historia del mismo modo en el que lo hace su par, la novela neovictoriana. Si bien se retrata las costumbres y formas de vida de la era revisitada, este periodo es reinterpretado por los lentes contemporáneos, se le superponen teorías actuales como el feminismo, el psicoanálisis o el poscolonialismo, para abordar preocupaciones de nuestra generación tales como las diferencias de género, las sexualidades disidentes o la dominación imperialista. Por eso, la heroína de *La sirena y la señora Hancock* se permite plantear sus dudas sobre el deseo de maternidad, habla abiertamente sobre sus experiencias de abortos o se refiere a sus días como prostituta sin utilizar el discurso de la culpa y el arrepentimiento.

Al mismo tiempo, la autora intenta recrear y reunir todas las formas no canónicas de la ficción georgiana en un afán de exponer que la diversidad de géneros que existía en el siglo XVIII era mucho mayor que el panorama que nos presenta Watt en su célebre ensayo *The Rise of the novel* (1957). Muchas formas literarias que habían quedado en el olvido, y que fueron rescatadas por investigaciones especializadas recientes, aparecen en su novela: desde las historias sórdidas de criminales y prostitutas hasta la literatura pornográfica (en ese sentido es insoslayable mencionar la reescritura que Gowar hace de la lista de Harris, también conocida como *Nocturnal Revels*: ese extraño texto en el que el autor se dedica a registrar los nombres, identidades y hasta habilidades y singularidades en la intimidad de todas las prostitutas londinenses en 1779) hasta las narraciones exotistas y la tradición orientalista de marineros y viajeros que importan junto con sus mercaderías cuentos maravillosos al estilo de *Las mil y una noches*.

### › **Seres desdelimitados**

Es interesante destacar que este dialogo entre lo realista y lo maravilloso es un pretexto, en la novela de Gowar, para reflexionar sobre el rol de la maravilla y la imaginación en la construcción del conocimiento en el mundo dieciochesco, en el que la ciencia y la superstición no estaban tan disociadas como creemos. En cierto modo, las dos sirenas de Hancock encarnan esta dicotomía.

La primera sirena, la que proviene del mar de Java tomando a Hancock por sorpresa, y que para distinguir vamos a llamar “la sirena enciclopédica”, es una criatura digna de habitar la era de la razón. Esta sirena, que llega como un organismo ya muerto, viene a satisfacer el afán ilustrado de observar, analizar científicamente la naturaleza para describirla, clasificarla y dominarla. Recordemos que en el siglo XVIII y aun hasta la era victoriana permanecía vigente una legislación que indicaba que toda sirena que se hallara en los mares británicos era propiedad exclusiva de la corona. Encontrar una de estas criaturas aun permanecía dentro de los límites de lo posible. De hecho, cotidianamente se publicaban registros de avistajes de sirenas de las costas que no provenían solo de los marineros y las supersticiones del mar, sino que también eran avaladas por plumas letradas. Incluso Benjamin Franklin introduce en su revista *The General Magazine* una noticia sobre el avistaje de una sirena en la costa este de Estados Unidos. En un intento por explicar y racionalizar los mitos, filósofos y científicos incluían en las enciclopedias descripciones de criaturas anfibias, monstruosas que podrían catalogarse como una sirena, aunque eran bastante diferentes del imaginario de la sirena bella y seductora con el cabello largo y el peine en la mano (cfr. Scribner, 2017: 509).

El público dieciochesco no solo contaba con estas investigaciones, descripciones e ilustraciones de los naturalistas, sino que incluso tenía la posibilidad de encontrarse en las entonces corrientes exhibiciones de curiosidades con partes de sirenas o incluso sirenas completas que importaban de Japón y que, en realidad, eran un montaje de colas de peces o tiburones bebés y cuerpos de simios. Es importante aclarar que una de estas sirenas apócrifas se exhibió en el *British Museum* entre 2017 y 2018, en la época en la que la

propia Gowar trabajaba en el museo, y es esta criatura la que, según declara en entrevistas y columnas periodísticas, inspiró la novela (cfr. Gowar: 2020).

Entonces, podríamos afirmar que la exposición de la sirena enciclopédica que Hancock organiza en los primeros capítulos de la novela también está basada en hechos reales, tiene un asidero histórico. De hecho, la descripción que el narrador hace de esta primera sirena es bastante fiel a la apariencia de aquel ser tétrico, esa criatura de Frankenstein que Gowar ve en el *British Museum*. Después de que el capitán se la entregue, el narrador cuenta que Hancock:

Aparta entonces la lona como quien corre un telón, y al principio no saben muy bien qué es lo que ven. Es algo parduzco y arrugado, como una manzana olvidada en el fondo del tonel, o como esas ratas que halló una vez el señor Hancock emparedadas en la cocina y que llevaban largo tiempo muertas [...]Es del tamaño de un bebé. E, igual que a un bebé, se le ve la caja torácica debajo de la apergaminada piel. Tiene la cabeza grande, y los puños cerrados le tapan la cara. Pero hasta ahí llega la comparación. Porque no hay bebés con tan terribles garras ni que tengan esa boca amenazadora, de colmillos afilados. Y tampoco hay bebé en el mundo con el torso terminado en una cola de pez. (Gowar, 2018:71)

La sirena de Hancock pertenece al orden de lo monstruoso y genera estupor, pero no podríamos afirmar que traslade al lector al orden de lo mágico, o que genere la vacilación, la ambivalencia propia del fantástico, según Todorov. Es más bien una curiosidad zoológica. Justamente, según comenta el narrador, “el hecho de que sea fea la hace más verídica y por ende, más atractiva para las multitudes” (Gowar, 2018:76).

Gowar distingue claramente a esta sirena del mito literario de Melusina: “Pues ¿no lo traje atravesando el océano? – pregunta el capitán Jones- Y no me hundió el barco como dicen que hacen las sirenas, ni me mordió jamás, que eso sí que sé que lo hacen los monos” (Ibid. 80). Tampoco para el comerciante la sirena es hipnótica o le provoca la pérdida de la cordura; lejos de eso, Hancock no tiene ningún interés en quedarse con ella ni le cuesta deshacerse de su criatura cuando le ofrecen un buen trato comercial. Tal como mencionamos anteriormente, esta sirena es pensada siempre en términos comerciales.

La segunda sirena, una criatura viva, capturada ahora a pedido del señor Hancock que quiere satisfacer los requerimientos de Angelica Neal para conquistarla, es de un orden absolutamente diferente y la llamaremos la sirena mítica. Si la primera era descrita con un afán minucioso, en términos naturalistas, esta segunda sirena resulta esquiva a los sentidos y solo puede ser percibida a través de su injerencia sobrenatural sobre aquellos que se le acercan. Incluso el lenguaje con el que se la presenta difiere del que se empleaba para representar a la primera: si esta aparecía con los códigos del discurso científico, la sirena mítica se figura en términos mucho más poéticos y comparte muchos rasgos con las sirenas de los relatos folclóricos y literarios.

La segunda sirena llega a Hancock en un momento de felicidad plena. Pero una vez que se dirige hacia el puerto para buscar la sirena esa armonía se desbarajusta. Nuevamente el capitán le anticipa que esta sirena tampoco se corresponde con las expectativas que esa criatura evoca. Jones cuenta que la sirena sume a todos en un vacío como si los hubieran despojado de toda alegría, de toda vida. Bain afirma que la sirena,

con su cola de pez, encarna los deseos irrealizables del hombre, lo impenetrable, aquello que está destinado a permanecer insatisfecho y que por eso sume a quienes sueñan con ella en un estado de insatisfacción permanente (2017:52). Es esto lo que sucede con la sirena que llega a Hancock en último lugar.

Esta criatura es como la de los cuentos tradicionales, un signo funesto, que provoca desgracias a quienes la capturan. Con la sirena mítica el lector ingresa al terreno de lo fantástico porque esta tiene el poder de embrujar y suscitar maldiciones. Ni bien Hancock la introduce secretamente en la nueva mansión solariega que compra para su esposa, Angelica sufre un aborto espontáneo. Entretanto, Hancock es víctima de una angustia existencial inexplicable. La sirena divide a la otrora pareja feliz, sume a cada uno en una tristeza oculta: el señor Hancock vive angustiado por esa sirena inasible y misteriosa que no quiere develar a su esposa y Angélica por la pérdida del embarazo que teme confesar.

Si la primera sirena es un fenómeno describable en términos científicos, la segunda se evade de las posibilidades de la ciencia y de este modo se torna un medio para minar nuevamente el discurso logocéntrico y dejar sin efecto las certezas racionalistas, la realidad empírica; “Ojalá fuera científico [piensa Hancock]. Aunque, seguro que es un fenómeno que la ciencia no puede explicar” (Gowar, 2018: 128). Hancock se abandona, partir de entonces, ya no se encarga ni del comercio, ni de sus emprendimientos ni de su familia. Solo se ocupa de la sirena y ni siquiera descubre pérdida del embarazo, también él se evade de realidad, se desconecta del mundo material para acercarse a no existencia de la sirena.

No es casual que finalmente sea la mujer, la propia Angelica -comparada a lo largo de toda la novela con una sirena- quien se empodere y recupere parte de su antigua identidad, la de la prostituta. Es la lucha por deshacerse de la languidez y el abatimiento que genera esta sirena mítica lo que finalmente conduce a la protagonista del relato a reconocer su no deseo de ser madre, decidir hacerse cargo de su familia y acabar con ese ser que se la está arrebatando.

Tampoco es un misterio por qué es ella quien entiende mejor las necesidades de la propia sirena. No nos dedicaremos a este aspecto acá por una cuestión de espacio, pero Gowar juega constantemente con la analogía prostituta-sirena y en último término con la comparación mujer-sirena. Angelica observa: “la hemos tenido aquí enclaustrada demasiado tiempo. Si está enfadada, es por cómo la hemos tratado. ¿Qué animal que esté atrapado no se revuelve contra su captor?” (Gowar, 2018: 448).

En la cita anterior, la conciencia de la mujer y la conciencia de esta criatura salvaje se aúnan. Desde una perspectiva ecocrítica Gowar acerca a su heroína mujer a otros animales no humanos. Mujer y sirena son ambas convertidas en objeto de deseo y víctimas de la dominación masculina. Angelica comprende que la sirena es una criatura que no puede ser capturada y domesticada porque ella misma había languidecido al intentar someterse a un rol preestablecido que no podía cumplir. Al liberar a esta sirena sin un cuerpo delimitado y sacarla de esa piscina que la contenía y le daba forma, para permitirle diseminarse en una infinidad de átomos, en una multiplicidad, Angelica se libera simbólicamente también ella de las constricciones sociales que la sujetaban.

Es interesante destacar otro aspecto que nos señala el carácter híbrido de *La sirena y la Señora Hancock*. Ana Pairet sugiere que en la literatura clásica las sirenas no eran necesariamente la unión del cuerpo femenino con el del pez, generalmente se las representaba con alas de ave o con cola de serpiente, como Melusina. Solo con el transcurrir de los siglos los diferentes mitos confluyen en la representación de la sirena como una dama del mar (2017:38). Pairet asocia esto con la ambivalencia del agua, el único elemento que es para el humano a la vez penetrable e inasible. Del mismo modo, la sirena como criatura marina representa una alteridad, pero no es tan ajena como para tornarse una otredad radical y por eso, es la sirena del agua la que invita al sujeto a intentar capturarla, comprenderla (Ibíd.: 42).

Precisamente uno de los gestos más subversivos de la novela de Gowar es que a diferencia de lo que sucede en los relatos míticos, donde generalmente escuchamos la voz de la sirena como algo inarticulado, pero nunca lo que dice, aquí el narrador le cede la palabra por primera vez a estas criaturas que emiten sin embargo un discurso que se escapa los límites del orden racional falogocéntrico y la racionalidad y se acerca mucha a aquello que Luce Irigaray denomina “hablar mujer”. Irigaray afirma que este hablar mujer sucede cuando las mujeres hablan juntas, libres de cualquier presencia heteronormativa y se aproximan a un lenguaje arcaico enraizado en lo femenino (cfr. Irigaray, 1977). En ese sentido, consideramos que para interpretar el discurso de la sirena se vuelve indispensable considerar este rechazo del hablar mujer a la linealidad cientificista del lenguaje masculino dominante.

Irigaray distingue este hablar (como mujer) del hablar de las mujeres, y sostiene que mientras este último ubica a la mujer siempre en el lugar de un otro, el hablar mujer es menos normativo y no trata de producir un discurso en el que esta sea el objeto. En sintonía con estas proposiciones, dentro de los breves pasajes delegados a las sirenas en la novela de Gowar, distribuidos de manera azarosa e irregular (no simétrica o predecible) por el texto, y diferenciados gráficamente a través del uso de las cursivas, aparece desde un principio una enunciación plural: el sujeto que habla es un nosotras: “Aunque estemos lejos, nos tienen siempre en mente. Ellos creen que nos ven hasta cuando no nos ven, y poblamos las historias que no paran de contarse unos a otros” (Gowar, 2018: 214).

Esta enunciación colectiva enfrenta la lógica individualista y patriarcal del Yo con mayúscula que usa el lenguaje para conocer, dominar y conquistar. Gowar ofrece la alternativa de una sororidad femenina al tiempo que se lamenta por la hegemonía masculina:

¡Ay, de mí!

En cierta ocasión fui un nosotras. Nos movíamos en aguas turbulentas, donde no llega la luz del sol, y oíamos la llamada de nuestras hermanas. Así supimos que estábamos vivas. Lejos, muy lejos estaban, en otra era de la historia, pero nuestras voces nadaban juntas, nuestros cantos se trenzaban los unos en los otros. Cada pensamiento que teníamos era acogido por un coro de pensamientos; hablar era estar de acuerdo, recibir la réplica...Veo que soy un yo. Uno solo. (Gowar, 2018:345).

En estos fragmentos son las sirenas las que practican este hablar *como* sirenas y no *de* ellas. Por eso, su discurso reproduce su naturaleza fluida, líquida, difícil de contener en una forma: “Perdidas estamos[...]

Nuestro aliento es el cabeceo del mar en noche oscura, que mece los destellos de la luna entre sus ondas. Somos el blanco emplasto de la espuma que se extiende y cabriolea: chocamos contra el acantilado y saltamos en mil pedazos.” (Gowar, 2018: 214) Resulta llamativa, en esta última cita, la disolución de la identidad de este nosotras sirena que llega a confundirse y mezclarse con su entorno. No hay una diferenciación clara entre el cuerpo de la sirena, la textura de la espuma, el aroma de las algas o la brisa.

En ese sentido, Gowar trabaja con el concepto de lo poshumano, el mismo que impulsaba a la nadadora neozelandesa que se mencionaba al principio de este trabajo, tal como se observa en el último discurso de las sirenas:

Primero me hundo,

luego goteo,

luego soy chorro.

Estoy aquí; y aquí; y aquí. Toco esta superficie, y esa también.

Me mezclo, tiemblo al sentir mil nuevas voces, y todas son voces mías. Soy un movimiento perpetuo que une en sí todos los torrentes.

Y aprender y saber son una y la misma cosa, y soy una pizca, y somos todo el espacio que nos ha sido dado.

Y si estoy hecha de pena, ¡qué! Aquí hay alegría; y, si estoy hecha de furia, paz hay también.  
(Gowar, 2018: 390)

Aquella segunda sirena de la novela, a la que habíamos denominado “sirena mítica”, sin cuerpo, ubicada entre la existencia y la no existencia, lo uno y lo múltiple, rompe toda univocidad, pero también todo binarismo. Es muchas cosas a la vez y no es nada que pueda racionalizarse. “Parece un banco de peces diminutos cuando se propulsan todos al unísono en la corriente marina, y relucen como un solo cuerpo con cada movimiento: una masa enorme que se forma y se transforma y piensa en absoluta sincronización” (Gowar, 2018:383) -observa Angelica cuando la ve.

En su *Manifiesto de las especies de compañía*, Donna Haraway postula que los seres se constituyen unos a otros y a sí mismos a través de su contacto con los otros. Los sujetos no preexisten a sus relaciones (Haraway, 2016:29). En sintonía con esta teoría, las identidades de los personajes de *La sirena y la señora Hancock* no pueden entenderse individualmente; es en relación con el otro, y especialmente por medio del contacto con estas sirenas, que los personajes se construyen. Del mismo modo, y tal como fuimos viendo a lo largo de esta exposición, ninguna categoría aparece en la obra de Gowar como cerrada. Este rechazo feminista a los dualismos binarios contribuye, según Haraway, a un despliegue más rico de la historicidad, la especificidad y la cohabitación. En este nuevo modo de entender el mundo de la naturocultura y lo poshumano se reivindica la impureza, la mutabilidad y la complejidad. En ese sentido, resulta indiferente en la novela de Gowar si la sirena existe o no existe, si es una rareza documentable o una criatura fantástica, lo importante es el lugar de alteridad significativa que viene a ocupar en el espacio textual. La sirena se

realiza, adquiere su realidad, a partir de su vinculación con otros personajes, por el modo en que los acompaña y evoluciona a lo largo del relato junto con ellos.

### › **Conclusión**

Finalmente, podemos afirmar que los híbridos son creados en la novela de Gowar para cumplir nuevas funciones, introducir nuevos parámetros de análisis que trastocan nuestra comprensión de un período supuestamente ya conocido y proponer una perspectiva superadora, transformadora. Poblada con criaturas anfibas, y construida a través de géneros no canónicos, la novela de Gowar expone los modos heterogéneos de vivir, pensar y escribir la Londres del siglo XVIII.

## Bibliografía

- Bain, F. (2017). The Tail of Melusine: Hybridity, Mutability, and the Accessible Other. En: Urban, M; Kemmis, D; Ridley Elmes, M. (eds.). *Melusine's Footprint Tracing the Legacy of a Medieval Myth*. Leiden y Boston: Brill
- Bourriaud, N. (2008). *Estética Relacional*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Derida, J. (1980). La ley del género [trad. Jorge Panesi para la cátedra Teoría y Análisis, UBA de "La loi du genre" en Glyph, 7].
- Gowar, I. H. (2018). *La sirena y la señora Hancock*. Madrid: Siruela.
- Gowar, I. (13 de junio de 2020). "If mermaids don't exist, how do you explain this? The Telegraph. <https://www.telegraph.co.uk/art/what-to-see/mermaids-dont-exist-do-explain/>
- Haraway, D. (2016). *Manifiesto de las especies de compañía*. Bilbao: Sans Soleil Ediciones.
- Irigaray, L. (1977). *This Sex Which Is Not One*. Nueva York: Cornell University Press.
- Lipski, J.; Maciulewicz, J. (2021). Introduction. En: \_\_\_\_\_ (eds.). *Neo- Georgian Fiction Reimagining the Eighteenth Century in the Contemporary Historical Novel*. Nueva York: Routledge.
- Maciulewicz, J. (2021). Renarrating Women's Stories: Imogen Hermes Gowar's The Mermaid and Mrs. Hancock. En: Lipski, J.; Maciulewicz, J.(eds.). *Neo- Georgian Fiction Reimagining the Eighteenth Century in the Contemporary Historical Novel*. Nueva York: Routledge.
- Pairat, A. (2017). Polycorporality and Heteromorpha: Untangling Melusine's Mixed Bodies. En: Urban, M; Kemmis, D; Ridley Elmes, M. (eds.). *Melusine's Footprint Tracing the Legacy of a Medieval Myth*. Leiden y Boston: Brill
- Pedersen, T. (2015). *Mermaids and the Production of Knowledge in Early Modern England*. Surrey: Ashgate Publishing Limited.
- Scribner, V. (2017). "Such Monsters Do Exist in Nature": Mermaids, Tritons, and the Science of Wonder in Eighteenth-Century Europe. *Itinerario*, 41 (3), pp. 507–538.
- Stuhr, J. (2015). Genres, Hybrids, Crossings: Mixings, Samplings, Mash-Ups. *The Journal of Speculative Philosophy*, 29(1), pp. 4-15